



FAMIPED

Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.

Familias, aprendizajes y lectura

Autor/es: Juan Mata Anaya. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad de Granada.
[Volumen 5. Nº2. Junio 2012](#) [1]

Palabras clave: familia, lectura, éxito escolar, bienestar infantil, pediatría

Cuando se habla de lectura e infancia, de inmediato se piensa en los profesores. Es a ellos a quienes la sociedad ha encomendado la tarea de enseñar a los niños a leer y escribir, y parece razonable que la responsabilidad del éxito o el fracaso de ese aprendizaje recaiga en gran medida sobre ellos. La comunidad en su conjunto no puede asumir todos los aprendizajes que los niños requieren, por lo que delegan esa misión en profesionales especializados. Los docentes constituyen la base de esa tarea.

Pero, aun siendo cierta esa responsabilidad, es preciso hacer, a la luz de los conocimientos actuales, algunas observaciones.

Leer no es una competencia que sirva solo para la escuela ni que solo se adquiera en la escuela. Aprendemos a leer y escribir para participar en el mundo social y, a la vez, para el puro disfrute personal. Y ese aprendizaje no lo iniciamos ni lo desarrollamos exclusivamente en la escuela. Fue así en tiempos remotos, cuando las escuelas eran uno de los escasos lugares donde era posible superar el analfabetismo. Pero hoy ya no se puede pensar en esos términos. Los reclamos y los estímulos presentes en los espacios públicos, sea una calle o sea un centro comercial, son incesantes. Y son escasísimos los hogares donde no se realizan prácticas, por limitadas que sean, de lectura o escritura. Es incongruente pensar, por lo tanto, que el aprendizaje y el ejercicio de la lectura y la escritura están limitados a las aulas. Basta observar el comportamiento de un niño ante los textos sociales, desde los carteles a las etiquetas o los letreros, para darse cuenta de ello.

Así pues, tengan o no conciencia de ello, lo asuman o no, padres o hermanos mayores actúan también como modelos y guías de cualquier niño que comienza a interesarse por la lectura y la escritura. Y ello, por razones obvias: ese aprendizaje comienza de modo espontáneo desde el mismo momento en que un niño ve a otras personas leer y escribir. ¿Quiere ello decir que la familia tiene la obligación de enseñar a leer y escribir? No. Esa constatación plantea, simplemente, que un niño curioso se incorporará inevitablemente y con naturalidad a las prácticas letradas que vea en su entorno social y familiar, de modo que los miembros de su familia aparecen como sus primeros e ineludibles referentes. Además, los niños pasan muchas menos horas en la escuela que fuera de ella, por lo que el ambiente en el que crezca resulta, en ese sentido, determinante. Para lo mejor y lo peor, pues niños que crecen en hogares donde esas prácticas son frágiles o inexistentes van a estar en inferiores condiciones de aprendizaje que aquellos otros donde sean habituales y ponderadas.

Las evaluaciones internacionales de la competencia lectora así lo certifican. Los informes PIRLS (Progress in International Reading Literacy Study) y PISA (Program for International Student Assessment) confirman, estudio tras estudio, que las actividades relacionadas con la lectura y la escritura que se realizan en el hogar repercuten muy favorablemente en el rendimiento académico de los alumnos y, en consecuencia, en su competencia lectora. Si lo que se persigue es la inmersión temprana en el mundo de las palabras y el afianzamiento de su interés por ellas, nada parece más oportuno que relacionar a los bebés con el complejo lenguaje de los libros desde que nacen. Y una de las formas más sencillas y eficaces de conseguirlo es la lectura en voz alta de textos literarios. Como ponen de manifiesto numerosas evidencias científicas, la exposición temprana de los niños al lenguaje narrativo y poético, a los juegos de palabras o a las aliteraciones y las rimas contribuye a una distendida

apropiación del lenguaje y a la comprensión de las estructuras profundas de la lengua materna. Un hecho que redundará en una alfabetización gradual, segura y feliz.

Las razones de ese beneficio son muy claras. La adquisición del lenguaje no es una actividad programada y regulada escolarmente, sino una conquista progresiva que se hace en contextos y situaciones reales. Cuanto más ricas y alentadoras sean esas primeras experiencias, tanto más provechosas serán. Ese acercamiento, por tanto, comienza y progresa sustancialmente en el entorno familiar. Hurtar o debilitar a los niños esos estímulos en los primeros años de vida significa privarlos de oportunidades esenciales de aprendizaje. Hay una correlación clara entre el éxito escolar y las buenas experiencias lingüísticas en la primera infancia.

Eso no significa que el éxito escolar deba ser el principal objetivo que justifique leer en voz alta a los niños. Diríamos más bien que debe ser la consecuencia, no la intención. La lectura en voz alta procura, ante todo, vínculos sentimentales. Da la oportunidad a padres e hijos de relacionarse sin que medien obligaciones o exigencias. Leer juntos permite habitar temporalmente un mismo espacio imaginario y emocional, pues todos se sitúan en la misma página, en la misma historia, en la misma sintonía, lo cual crea entre ellos lazos afectivos muy intensos. Permite conversar acerca de cuestiones que, de no mediar un libro, serían muy difíciles de plantear, y permite hacerlo, además, de un modo que la vida cotidiana no siempre propicia. Con respecto a la lectura y la escritura, la familia puede ofrecer lo que la escuela no siempre está en condiciones de dar: calma, diálogo, apego. Y esos factores emocionales no son irrelevantes cuando se trata de establecer lazos duraderos con los libros.

La evidencia de las bondades de la lectura en voz alta para el bienestar emocional y el progreso intelectual de la infancia ha hecho que otros profesionales que tienen relación con los niños -pediatras, psicólogos, psiquiatras, enfermeras, trabajadores sociales- se interesen también por esa actividad. Son muchas las iniciativas que en diversos países se han puesto en marcha para tratar de paliar las desigualdades que afectan a los niños en el acceso al lenguaje, haciendo ver a los padres, entre otras medidas, la importancia de leer a los hijos unos minutos al día de modo continuado. Ahí están, por ejemplo, organizaciones como *Reach out and read*, *Bookstart*, *Born to read*, *Nati per leggere*, *ACCES (Actions culturelles contre les exclusions et les ségrégations)*, *Nascuts per llegir...*, cuyo objetivo básico es alentar la cooperación de la familia en la alfabetización de la infancia, mitigando en lo posible los desequilibrios que en ese aspecto se manifiestan a diario.

La implicación de pediatras y personal de enfermería en esas recomendaciones es una novedosa contribución a una tarea que podría parecer exclusiva responsabilidad de los maestros o los bibliotecarios. Su compromiso puede resultar, sin embargo, muy valioso. En primer lugar, porque mucho antes de ir a la escuela, los bebés van a la consulta del pediatra y sus consejos pueden contribuir a adelantar la implicación de los padres en el desarrollo lingüístico de sus hijos, principalmente a través de la lectura en voz alta. En segundo lugar, porque, dada su condición, los consejos del personal médico no poseen el carácter utilitario y exigente que, a menudo, impregnan las prescripciones escolares, por lo que pueden ser recibidos por los padres con mayor disponibilidad. Observar que desde los pediatras a los maestros o los bibliotecarios se interesan por el bienestar y el crecimiento armónico de la infancia puede estimular la implicación de los padres. Hacerles ver la trascendencia de su compromiso en el campo de los aprendizajes lingüísticos debería ser un objetivo prioritario de todos cuantos participan en el cuidado y desarrollo de los niños, independientemente de su profesión o su tarea.

Bibliografía

- . Bonnafé, M. (2000): *Los libros, eso es bueno para los bebés*. Barcelona: Océano.
- . Bryant, P. y Bradley, L. (1998): *Problemas infantiles de lectura*. Madrid: Alianza.
- . Duursma, E.; Augustyn, M. y Zuckerman, B. (2008): "Reading aloud to children: the evidence", en *Archives of Disease in Childhood*, vol. 93, nº 7, págs. 554-557.
- . Trelease, J. (2008): *Manual de la lectura en voz alta*. Bogotá: Fundalectura.
- . <http://www.reachoutandread.org/index.aspx> [2]